



Alassea, el hada Colibrí

UN CUENTO FOTOGRÁFICO DE LUZ Y BOSQUE





Me llamo Maravillas, me conocen como Mavi Colibrí. Ahora tengo 38 años, pero entre los 20 y 21 años, escribí 12 capítulos de una historia que empezaba así:

PRÓLOGO ORIGINAL:

Es octubre y el pasillo del hospital huele a desinfectante y a una lluvia que no termina de caer. La bata me roza las muñecas; la piel se me ha vuelto un mapa de salas blancas. Hay un zumbido bajo — máquinas, pasos, voces en retazos— y, de pronto, todo se hace silencio, como si el tiempo hubiera inhalado y se quedara suspendido dentro de un pecho más grande que el mío.

Podría decir que tengo miedo, pero no es exactamente miedo. Es una rendición. No un rendirse a la derrota, sino un rendirse a lo real: a esto que me pasa en el cuerpo, a esta curva inesperada del camino. Me siento en el borde de la camilla y cierro los ojos. Si el cuerpo es un bosque en llamas, necesito aprender a respirar dentro del incendio.



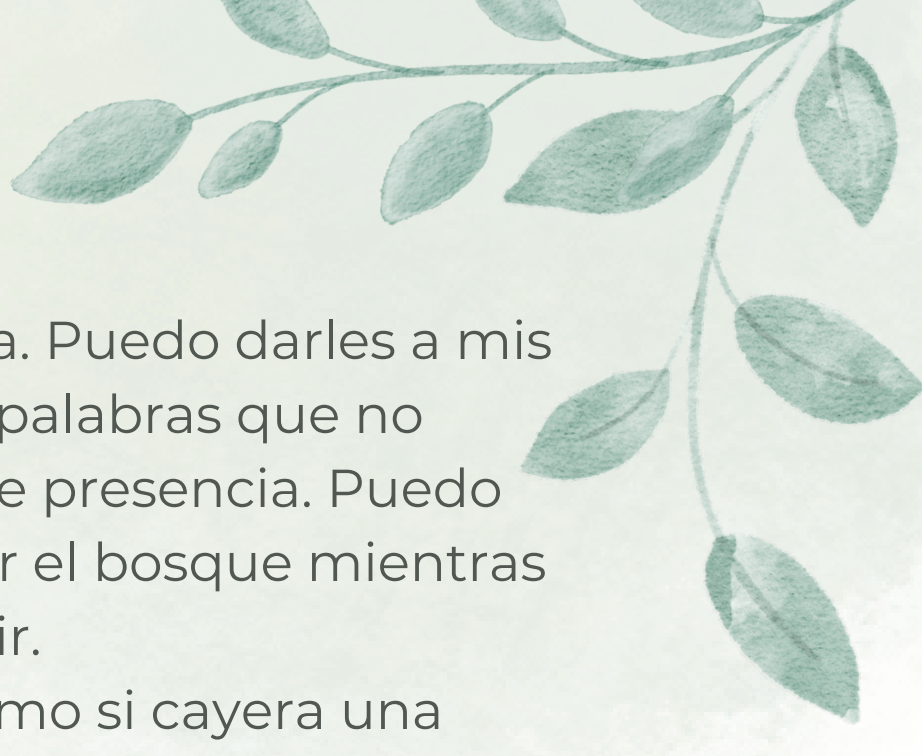
Entonces la veo.

No es una aparición perfecta. Es un trazo primero, una luz que tantea. Tiene alas heridas, tiznadas de humo, y aun así algo en ella sigue temblando hacia arriba. Me mira como si me conociera desde antes de mi nombre. Yo le digo: Alassea. No sé de dónde viene esa palabra, pero al pronunciarla me abre un claro. “Ser alas”, susurra el aire, “ser libertad”.

Hago un pacto con ella: durante el día, el sol abrirá la urna de cristal —la que me guarda y me asfixia a la vez— para que entre el aire. Por la noche, la luna volverá a cerrarla para proteger el sueño. Así, de una a otra, respiraré. Entrará la quimioterapia como tormenta; entraré yo como raíz que penetra en el espíritu del cielo. Habrá días de ceniza y días en que la vida del bosque volverá a brotar. Y en todos, la respiración: mi cuerda floja sobre el vacío.

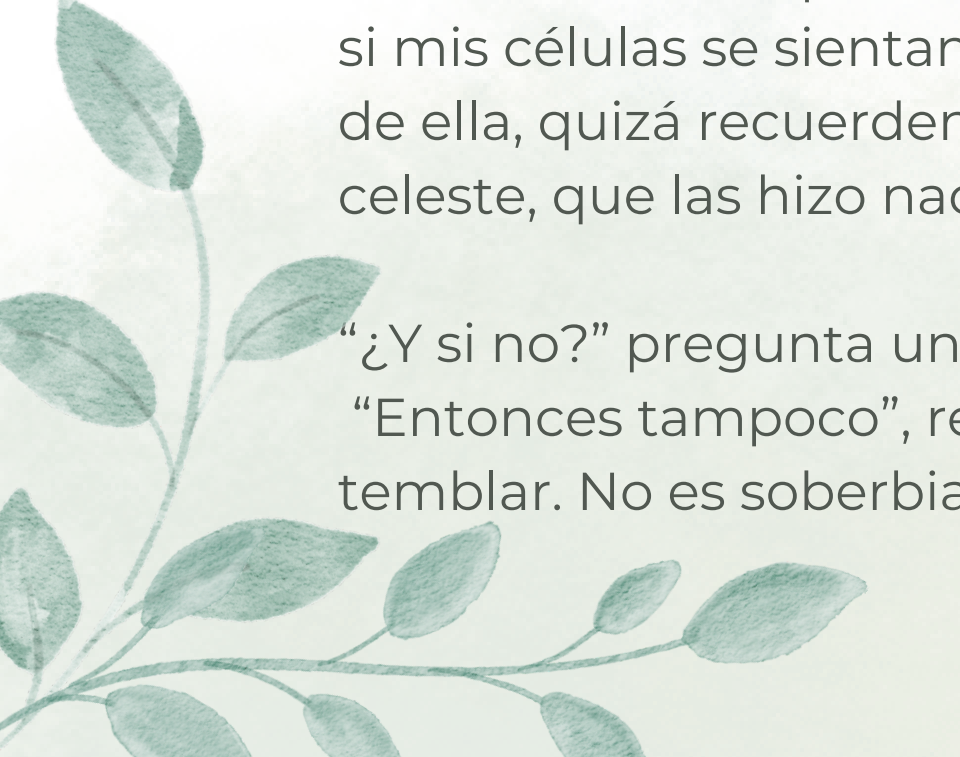
En el otro lado del umbral invisible, el bosque arde.





Árboles con el tronco abierto en círculo, un viento de agujas, las criaturas huyendo sin saber a dónde. El fuego no es un enemigo: es un llamado. Alas sea camina —cojea— entre las brasas. A cada paso, las alas se le deshacen un poco y, sin embargo, el temblor hacia arriba insiste. Yo la sigo. La acompaño. A veces soy yo; a veces soy el rumor que le sostiene los tobillos.

Hay un pasillo también en ese bosque —un corredor de pinos que forman un arco—, y al cruzarlo el humo se ordena en espiral. Las cosas adquieren nombre. La herida no desaparece, pero cambia de sitio. Ya no es un golpe en la frente del destino, es una puerta. Y del otro lado está lo que aún no conozco de mí. Me digo: si mis células se sientan a la mesa de la luz y beben de ella, quizá recuerden el ritmo antiguo, color celeste, que las hizo nacer.



“¿Y si no?” pregunta una voz, muy baja.

“Entonces tampoco”, respondo. Y me sorprende no temblar. No es soberbia; es aceptación. No soy dueña

del resultado, sólo de la ofrenda. Puedo darles a mis células aire, imágenes limpias, palabras que no pesen; que curen. Puedo darme presencia. Puedo sostener mi mano. Puedo mirar el bosque mientras arde y quedarme con él, sin huir.

En las venas entra el líquido como si cayera una lluvia áspera. Sé que después vendrán la náusea, el vértigo, el dolor cortante, la boca hecha de metal. Abro el cuaderno. Escribiré para no romper a quien quiero. Dibujo a Alas sea en una esquina: sus alas no se arreglan, se tejen de nuevo. No volverán a ser las mismas —ninguna ala regresa idéntica tras el fuego—, pero serán alas. Quizá por eso, cuando intento dormir, oigo un susurro detrás de los ruidos del hospital: “Las alas nuevas se hacen con hilos antiguos”. Pienso en mi madre, en mis abuelos, en todos los que respiraron para que hoy yo pueda respirar. Pienso en el agua, tan lejos, y en la sed.

Alguien abre la puerta, dice mi nombre, me toma la tensión. Vuelvo al pasillo. Una enfermera me sonríe

como quien abre una ventana. Me dejo llevar. No me prometo victorias, me prometo presencia. Estaré. Pase lo que pase, estaré.

De regreso al cuarto, vuelvo a cerrar los ojos. El bosque está más tranquilo. El fuego no ha terminado, pero ya no grita. Hay zonas negras, otras grises, y un verde mínimo que insiste en la sombra. Alas sea se arrodilla —yo me arrodillo— y hunde las manos en la tierra tibia. La ceniza se le pega a las uñas. Cuando las saca, hay semillas. Pequeñas, casi invisibles. Semillas de algo que aún no sé nombrar.

“Las plantaremos”, le digo.

“Las plantaremos”, me responde como un eco.

Siento entonces una certeza que no sé explicar con argumentos: hay una inteligencia en la vida que no depende de mí, pero me incluye. Si yo hago mi parte —respirar, nutrirme, imaginar, amar—, esa inteligencia encontrará por dónde crecer. No se trata

de vencer a nadie, ni a nada. Se trata de acompañar la dirección del brote, cuando nace, incluso cuando el suelo parece muerto.

El sol empuja con suavidad la cortina de la tarde. Pienso que, algún día, si gano esta batalla para la que no me prepararon, y todo esto se convierte en memoria, haré un lugar donde lo aprendido respire con otros. Un sitio para estar juntos en el claro, para escuchar cómo el bosque se enciende por dentro, para recordar que el cuerpo y la Tierra son la misma raíz buscando agua... Un agua única, viva. No sé aún su nombre, pero ya late como una promesa dentro de mí.

Respiro.

Me digo “voy a estar”.

Me digo “estoy, ahora”.

Me digo “estoy, hoy he vencido”.

Abro los ojos. Es octubre. Camino por el pasillo como

quien cruza un portal. Mi mano busca otra mano y la encuentra. Alas sea sonríe desde el borde de mi sombra. El bosque, aunque arde, respira. También yo. Desde aquí empieza el cuento: una historia de certezas que laten dentro y presencias que se transforman. No una épica de resultados, sino de alas que vuelven a crecer renovadas. Y si una noche el fuego sube demasiado, la luna cerrará la urna para que descanse. Al amanecer, el sol la abrirá. Volveré a respirar.

Eso será todo. Eso será suficiente. Y, a veces, será milagro.

Años después...

Llegué a un bosque encantado, uno de verdad. Lo llamé Espacio Colibrí: naturaleza hecha hogar, un lugar para hacer espacio a lo importante, a lo que realmente nos da Vida.

Y entonces nos encontró otra hada, capaz de recrear, en imágenes detenidas en el tiempo, la historia latente dentro de cada mujer. Ella es Míriam Cerezo y, sin saberlo, fotografió escenas de aquella historia lejana e íntima que fue semilla... y ahora es bosque frondoso en mí.

Este es el cuento fotográfico de Alas sea.

Que lo que veas y leas inspire la luz que ya llevas dentro.



La vio nacer de la luz. No de un día cualquiera, sino del mismo Sol que, al rozarle la piel, encendía en su pecho una cruz de fuego suave. Los rayos entraban como un abrazo que la recordaba viva; desde el corazón, hilos invisibles salían hacia los pinos, las flores, y todo ser.

La Vida se reconocía a sí misma en su cuerpo, y ella comprendió que era hija del Sol y de la Tierra a un tiempo.

Siendo una con todo.



El día que el Sol dijo mi nombre



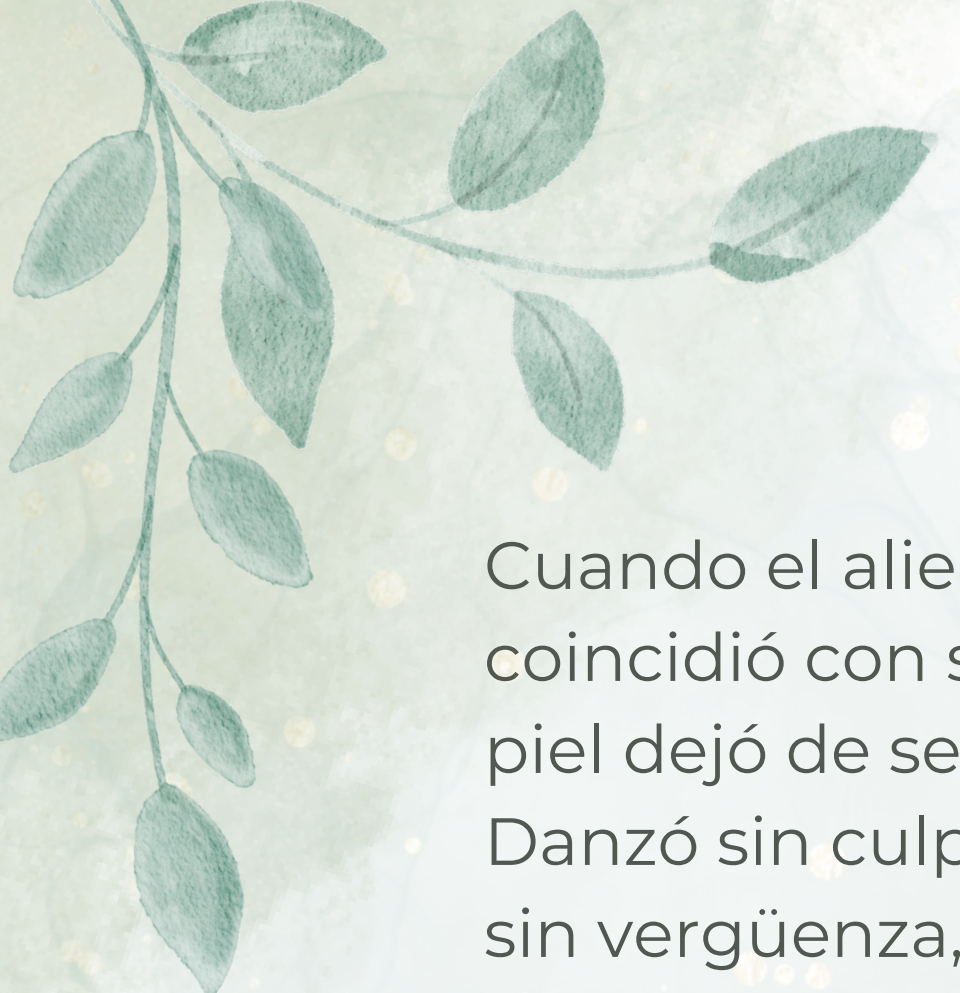


Frente a ella, dos pinos
entrelazaban sus copas en un
beso antiguo, abriendo un
umbral. No era sólo bosque: era
santuario. Allí donde el sendero
se estrecha, la ley de la Tierra
protege el canto de las aves —
espacio sagrado, — y el aire se
vuelve claro como si acabaran
de barrerlo las alas de un colibrí.
Cruzó. Y al extender los brazos al
cielo, las alas que llevaba dentro
comenzaron a desplegarse...
Despertó una mirada nueva,
limpia, capaz de ver el milagro
en el temblor de una hoja.



El portal de las hadas

The image is a composite. On the right side, there is a photograph of a woman with long brown hair, wearing a white sleeveless top, standing in a forest. She has her arms raised high towards the sky, and her head is tilted back. Sunlight filters through the trees, creating a warm, golden glow. On the left side, there is a light green background with a faint illustration of a plant with green leaves and a yellow flower at the top left.



Cuando el aliento del bosque
coincidió con su respiración, la
piel dejó de ser frontera.

Danzó sin culpa, sin dolor,
sin vergüenza,
sostenida por el Cielo y
anclada en la Tierra.

Su vestido siguió el idioma del
viento; cada giro era una sílaba
de alegría, cada pausa,
una plegaria.

Ser era danzar; danzar era
recordar que la esencia es
ligera... Y las alas, un soplo
interno.



Danza en libertad

Llegó la noche y no hubo miedo.
La luna encendió el camino con su
luz delgada y, en silencio, ella
recogió los dones: plantas
aromáticas, flores que curan,
susurros de savia en un cesto de
madera. Su vestido brilló como un
reflejo lunar. La noche la guardó
hacia adentro, y la luna le mostró
que la claridad también habita la
penumbra... Y en lo más oscuro,
puede nacer un sueño.



El sendero de la luna



Entonces, la vida trajo su prueba. Hubo un tiempo de fuego y químicas, cuando imaginaba el bosque bombardeado y su cuerpo como un claro sitiado. Pero ella se llamó Alassea —ser alas, ser libertad— y se envolvió en un aura de sol y luna: la urna que se abría al amanecer para respirar y se cerraba por la noche para soñar. Aprendió que la raíz se hunde más hondo en las tormentas, y que la fe verdadera no es consigna: es savia. Donde algunos verían un tronco caído, ella vio flores al otro lado. Diecisiete años después, la Vida seguía floreciendo en todas sus células.



Raíz que florece



Volvió al corazón del bosque y lo abrazó. Sintió subir por sus pies descalzos una corriente espiral, una música de tierra que encendía su pecho y, desde allí, se derramaba por sus manos y su piel. Dar y recibir fueron lo mismo: la paz que sana en ambas direcciones. Vestida de blanco, era el colibrí del emblema vivo: la V de Vida suspendida sobre lo verde, destilando néctar del instante.



Abrazo de reciprocidad



Se recostó en las piernas de Silván, el pino antiguo que conoció la nieve y la caída. Silván volvió a crecer apoyándose en la Tierra, aprendiendo del peso a sostener. A su lado, ella comprendió que la resiliencia no es dureza, sino arte de adaptación: girar el tronco, tender una rama, aceptar el suelo y, desde ahí, levantarse. El guardián del bosque le enseñó a descansar, y el descanso se volvió medicina.



Silván, el guardián.



Boca arriba, la mejilla besando el
suelo, flores abiertas sobre sus
ojos: miró con mirada de pétalo.
La alegría no vino de un logro, sino
del reconocimiento: "Soy
naturaleza", dijo su sonrisa, y el
mundo respondió con perfume.
No había distancia entre su piel y
la corteza del planeta.
Era belleza brotando por dentro,
inocencia abrazada.



Cuando la Tierra ríe, el cuerpo sana

Al ocaso, el bosque se volvió cobre y el día respiró hondo. Ella, recostada entre flores, sostuvo el silencio redondo de la plenitud. Ya no perseguía al Sol: el Sol la habitaba. Fuego que no quema, sino que alumbra. Comprendió que los finales sólo cambian de nombre; que toda luz aprende a ponerse para volver a levantarse.

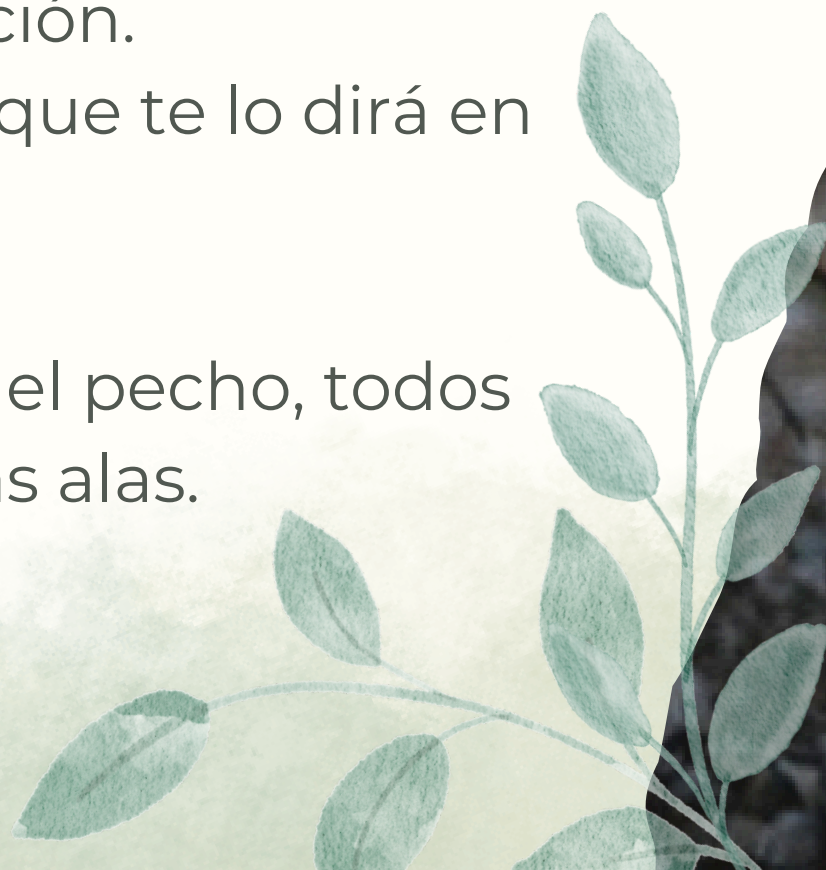


La calma dorada



A la entrada del santuario, el gran troll de piedra esperaba. Su rostro miraba más allá de las máscaras. Ella se sentó sobre su lomo mineral, pecho abierto al cielo, los ojos cerrados para escuchar mejor: viento en los pinos, pájaros, el palo de lluvia derramando su latido. Ya no era sólo el hada del bosque: era la guardiana. La que sostiene el fuego y cuida el agua, la que honra la Tierra y protege el umbral. Quien llegue —humano o ala— encontrará allí un territorio vivo, protegido por ley y por canto, donde la Vida se recuerda a sí misma en cada respiración. Y si preguntas por su nombre, el bosque te lo dirá en voz baja: Alassea.

Porque cuando la Vida despierta en el pecho, todos —pinos, soles y colibríes— alzamos las alas.



La guardiana del umbral

FOTOGRAFÍA
Míriam Cerezo

TEXTO
Mavi Colibrí



Miriam Cerezo - Fotógrafa enfocada en la mujer

Mi propósito es ayudarte a encender esa chispa interna y que te veas desde una mirada amable y bella.

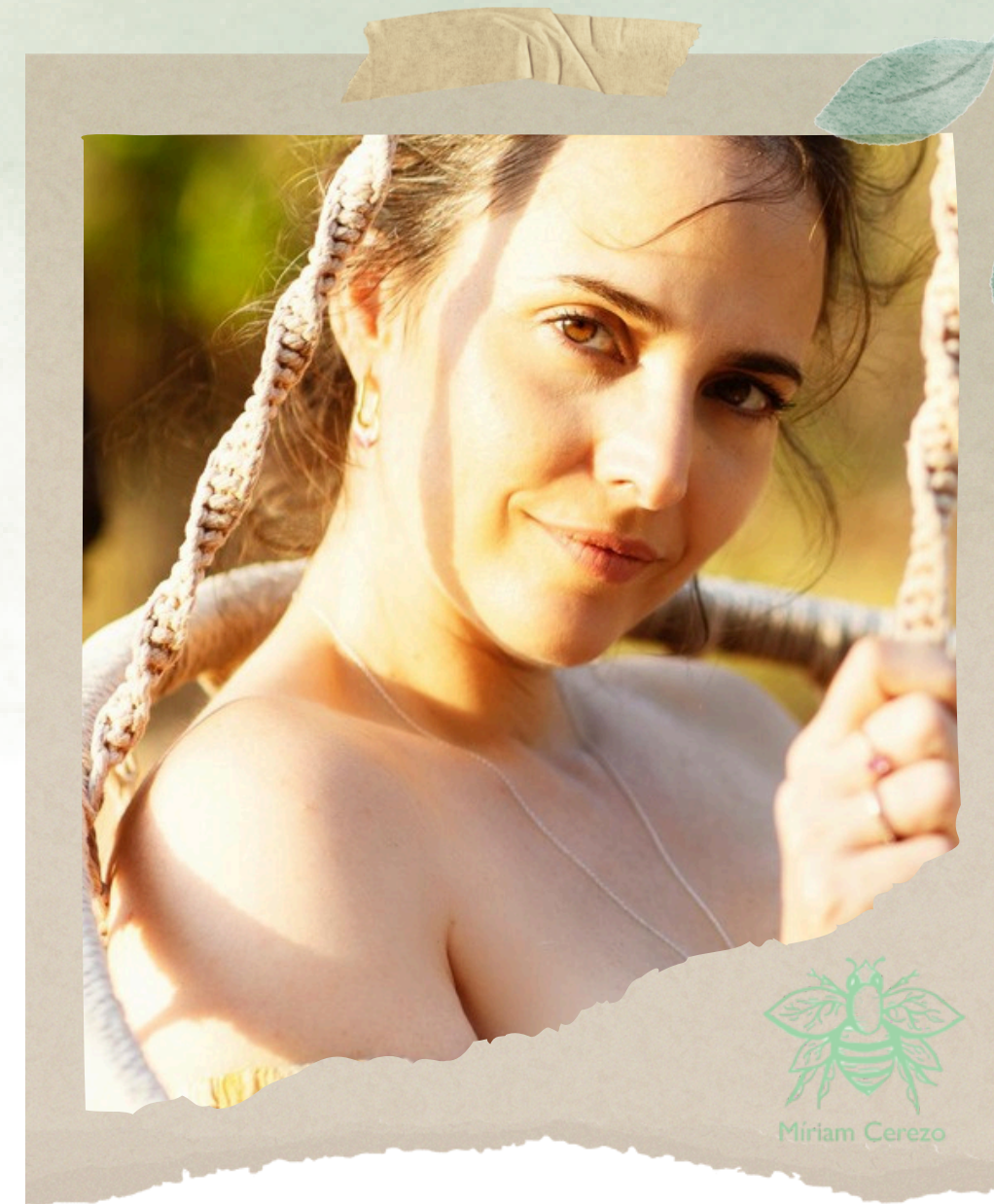
Mi estilo fotográfico es emocional, ritualístico, profundo y poético.

Mi fotografía refleja esa parte íntima de mí, una búsqueda de la belleza interna, que cuando brilla, se ve reflejada en lo externo. Un cruce entre lo íntimo y lo sagrado. Siempre busco la emoción, la conexión profunda y en mis encuadres están presentes los elementos naturales, el despertar de los sentidos y la conexión con tu alma.

Priorizo la expresión auténtica, la presencia, la entrega al momento. Me encanta que la fotografía narre visualmente tu relato, que cada fotografía sea un capítulo de tu historia.

El retoque de cada fotografía lo hago buscando que parezcan un fragmento de un ritual, donde los símbolos se vuelven portales cargados de significado y donde resalto la belleza de las luces y las sombras, de las formas naturales y los colores en una paleta contenida.

Más que captar una imagen, intento revelar un estado del alma, sensorial, femenino, espontáneo y libre, espiritual y simbólico.



www.miriamcerezo.com

IG: @miriamcerezo





Mavi Colibrí - Naturaleza, ciencia y arte del cuidado

Soy nutricionista y maestra, con formación complementaria en psicología y medioambiente, y un Máster en Investigación e Innovación Educativa.

Mi trayectoria —profesional y humana— está atravesada por una experiencia que transformó mi vida: superé un cáncer a los 21 años. En aquel proceso escribí e ilustré la historia simbólica de AlasSea, un hada herida que reconstruía sus alas mientras trataba de salvar un bosque en llamas: una metáfora de mi cuerpo y de mi deseo de vivir. Años después, aquel bosque imaginado se hizo real en Espacio Colibrí, una finca que llevo regenerando con mis manos desde hace casi tres años: refugio para la vida, la ciencia, el conocimiento y la sanación desde la conexión consciente con la naturaleza.

Tras más de una década acompañando a personas en salud integral y ejerciendo también como maestra-tutora en primaria, he creado dos metodologías: Regénesis (nutrición–psicología–naturaleza para restaurar equilibrio físico y emocional) y Colibrí Azul (educación inmersiva, aprendizaje vivencial y creativo para niños y adultos). En Espacio Colibrí integro cuentoterapia (escritura, relato y símbolo) con la vivencia corporal (respiración, movimiento consciente, arte, baños de bosque). Creo firmemente que, cuando recuperamos la inocencia y el asombro de nuestro niño interior, la experiencia se vuelve mágica y sanadora: el cuerpo entiende, el sistema nervioso se regula y el corazón recuerda qué enciende su latido.

Por eso, Espacio Colibrí es un lugar de cuento: porque la fantasía que me sostuvo en AlasSea hoy se encarna en un bosque real donde la belleza, el cuidado y la presencia tejen comunidad.

Espacio Colibrí es hoy un proyecto reconocido a nivel regional y nacional por su capacidad de unir ciencia, salud y conservación, y por su vocación de cuidar a las personas cuidando la Tierra.



Espacio Colibrí

Naturaleza hecha hogar para vivir, celebrar y transformar

ALOJAMIENTO
DE CUENTO



MENÚS
ENCANTADOS



CELEBRACIONES
PRIVADAS



EVENTOS
TRANSFORMADORES



Hacemos espacio a lo importante.

Entre montañas y silencio, la naturaleza se vuelve hogar.

Si sientes el llamado de la pausa —de celebrar, sanar o simplemente estar— *Casa Colibrí* te espera con cielo abierto y un lugar para respirar.



www.espaciocolibri.es



663 41 13 63



@espaciodevida_colibri



Ser Alas fue un sueño...
cumplido en Espacio Colibrí

